

bambú

¡Ojo!
¡Vranek
parece
totalmente
inofensivo!

Christine Nöstlinger



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S.A.

© 2010, Editorial Casals, S.A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustraciones interiores y de la cubierta: Monse Fransoy
Título original: *Achtung! Vranek sieht ganz harmlos aus!*
© 2001, Patmos Verlag Gmb H&Co.KG
© 2010 sobre la traducción, Soraya Hernán-Gómez
Sauerländer Verlag, Düsseldorf
Publicado por primera vez en 1974, Jugend
und Volk Verlagsgesellschaft m.b.H., Viena

Primera edición: abril de 2010
ISBN: 978-84-8343-087-3
Depósito legal: M-536-2010
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S.L., Fuenlabrada (Madrid)

The translation of this work was supported by a grant
from the Goethe-Institut which is funded by the German
Ministry of Foreign Affairs.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comuni-
cación pública o transformación de esta obra solo puede
ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo
excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro
Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si
necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de
algún fragmento de esta obra.

**¡Ojo!
¡Vranek
parece
totalmente
inofensivo!**

de
Christine Nöstlinger
(en realidad, de Lele Binder)

Ilustraciones de
Monse Fransoy
(en realidad también, de Lele Binder)

Traducción de
Soraya Hernán-Gómez

**bam
bú**
EDITORIAL



Comentario inicial necesario

Al principio no teníamos ninguna intención de ir anotándolo todo, porque creíamos que el señor Prihoda, que es periodista en el diario local, iba a sacar la historia en forma de capítulos por entregas, ¡que es lo que prometió!

Día a día íbamos repasando el periódico: desde el principio, pasando por las noticias internacionales, los procesos judiciales por asesinato, las recetas culinarias y hasta repasamos las ligas de fútbol más insignificantes. Nunca había ni una sola mención sobre nosotros.

Llamamos a Prihoda por teléfono, pero hizo que nos dieran el recado que le habían trasladado a Linz; lo que era una mentira como la copa de un pino, porque al día siguiente le vimos, y él también nos vio a nosotros y al vernos salió corriendo.

Mi papá dice que no me enfade con el señor Prihoda, que él solo es un colaborador independiente del periódico y que no puede escribir lo que él quiere, sino lo que le encargue el redactor. Por eso, ayer en la reunión del Club del Sótano, decidimos ir anotándolo todo nosotros mismos.

Y no es porque nos guste escribir, ni porque queramos darnos importancia por nuestras hazañas, sino como advertencia urgente a todos los niños del mundo.

Y como la historia comenzó en mi casa y también terminó allí, los compañeros del club decidieron por mayoría de dos tercios que yo era la que tenía que hacerme cargo de esta tarea.

Y no se puede ir en contra de una decisión tomada por dos tercios.

Así que voy a empezar

Me llamo Leonora Elena Binder. Mi mamá me llama Lene. Papá me llama Leo (antes de mi nacimiento le hubiera gustado más tener un hijo, pero a estas alturas ya ha reconocido que, como mínimo, puedo ser tan útil como cualquier chico de hoy en día.)

Como mamá me llama Lene y papá Leo, los niños me llaman Lele. Solo Hansi Krenn, que me adora, me llama Leonora. La segunda o la estira mucho. ¡Leonooora!

Los niños, de los que va a hablar nuestra historia, pertenecen todos a nuestro Club del Sótano.

Voy a copiar nuestra lista del club. ¡Está al final de mi explicación!

(Los cargos, que vienen después de los nombres, no son del todo ciertos. Es que en aquel momento

no sabíamos cómo funciona eso de crear un club, así que Edi Meier nos trajo la lista de socios del club de su abuelo, que está en la Asociación de Ahorro Herrerrillo Castaño y de ahí copiamos los cargos.)

Todos vivimos en la misma urbanización de viviendas. Nuestras asambleas tienen lugar en el trasero de los Reisl, que se encuentra en el mismo bloque en el que vivo yo.

Todos tenemos entre diez y doce años. Excepto Jacky Huber que solo tiene siete. Pero de todos modos él solo está en calidad de hermano y únicamente para ir a por refrescos y para hacer de mensajero. Además, de todos modos no participó en la historia, porque precisamente estaba con escarlatina.

* LISTADO DEL CLUB *

Jochi Biminger: 1er presidente
Edi Meier: 2º presidente
Jonni Huber: 1er secretario
Hansì Krenn: 2º secretario
Wolpi Reisl: tesorero y propietario
del sótano (en realidad hijo del
propietario)

Lele Binder: socio
Irene Matouschek: socio
Jacky Huber: socio

* Socios invitados

Friedrich Gunsellbauer:
Cuando sus padres están peleados
(lo que ocurre a menudo) y él va a vivir
con su abuela.

Takis y Christos Patakos: en el
transcurso de la historia han
ascendido a miembros ordinarios.

Heidi Benedikt: que espero que
nunca ascienda a miembro
ordinario, ¡¡¡ porque no la soporto!!!

Ahora voy a dejar la introducción y voy a empezar a hablar de lo realmente importante

En casa se da una situación poco habitual. Nuestro piso es demasiado grande. Por eso mi mamá le ha alquilado una habitación al doctor Vranek. El doctor Vranek vive con nosotros desde que tengo uso de razón. Antes era profesor de matemáticas en el instituto. Pero a pesar de que Vranek es muy matemático, la cosa no funcionó. ¡Y no me extraña! Porque es bajito, calvo y no es nada gracioso. Además solo puede hablar en voz baja y cecea mientras lo hace. (Hansi Krenn dice que eso es por su dentadura postiza, que a su abuelo también le pasa. Mi mamá dice que no es por la dentadura postiza, porque el señor Vranek ya ceceaba cuando aún tenía sus dientes de verdad.) El caso es que los niños en el colegio siempre conseguían hacerle enfadar y él ni siquiera podía gritarles como es debido por

lo de su voz de ceceo bajita y débil. Una vez le debieron alterar de mala manera, fue algo de un despertador *rin-rineando* que se iban pasando en la clase de una fila a otra. Vranek jadeaba tras el dichoso reloj pero aun así no lo pudo atrapar; además, justo al lado estaba Dirección y Vranek no solo temía a los alumnos, sino también al director, que seguro habría oído el *rin-rin* del despertador.

No estoy del todo segura de que sucediera como digo. A mamá no le gusta contarme esas cosas. Tiene miedo de que luego vaya al colegio y lo ponga en práctica.

La cuestión es que a Vranek le dio un ataque de nervios. Primero le llevaron al hospital y luego le trajeron a casa. Se pasó medio año metido en la cama gimiendo. Luego ya se puso bien otra vez, pero algo le quedó. En cuanto veía a un niño, empezaba a temblar como un martillo neumático. Eso no lo remediaban ni las gotas, ni los jarabes. Tuvo que jubilarse anticipadamente, porque de tanto tembleque no podía sostener ni la tiza. Y en casa, yo siempre me tenía que esconder de Vranek para que no le diera ningún ataque. A mí no me importaba. De todos modos soy una niña que para poco en casa.

Mamá, que tiene al doctor Vranek en gran estima, ha intentado muchas veces hablarle para que se olvide de esos temblores, pero entonces Vranek siempre dice:

—¡Señora Binder, llegará el día en que ya no tenga que echarme a temblar! Pero mientras los niños sean así, ¡cómo no va uno a temblar!

Y el *mientras* y el *así*, los recalcó con mucha entonación. De una forma muy extraña. Y ya entonces me dije: «¡Lele, mantente alerta!»

Vigilé a Vranek. Se pasaba el día sentado en su habitación haciendo cuentas y escribiendo hasta muy entrada la noche. Gastaba cada día un paquete de cien folios. Ni siquiera se iba a pasear por las tardes.

—*Mientras* los niños sean *así* —le dijo a mamá—, ¡entonces tendré que seguir quedándome en casa!

Hasta la última molécula de mi ser sintió que Vranek estaba tramando algo. Entré un par de veces en su habitación, con la llave de reserva, mientras él se había ido a comer al bar La Posada. En la habitación había toneladas de papel amontonado. Todos los folios llenos de números y de signos. Y entremedias, la letra pequeña y redondeada del señor Vranek, que era muy difícil de leer. De lejos, su escritura parecía el dibujo de una alfombra persa. Naturalmente no entendí ni los números, ni los signos porque ni siquiera entiendo las frases de Tales¹

1. Tales de Mileto: filósofo y matemático. El más famoso de los Siete Sabios de Grecia y considerado el primer filósofo de la historia. Tuvo como discípulo y protegido a Pitágoras. (N. de T.)

o la conversión de un número decimal en una fracción, y casi no podía ni descifrar la letra con forma de alfombra persa. Pero, eso sí, en casi todas las frases había una palabra densamente subrayada que, sin lugar a dudas, era ¡*niño* o *niños*!

En el Club del Sótano conté lo de los cálculos de Vranek. Pero a nadie le interesó.

–¿Qué quieres que trame ese gusano? –preguntó Jonni Huber.

Y Joschi Birninger dijo:

–¡Lele, no seas tonta! ¿Qué cálculos va a sacar ese contra nosotros?

Y Hansi Krenn exclamó:

–¡Leonooooora, no se puede calcular en contra de los niños!